

Editorial

Cuando decidimos dedicar un número a la arquitectura de las viñas –en ese primer proyecto aún borroso– pensamos en un conjunto agradable y unas lecturas más bien festivas.

Pero por poco que uno profundice en cualquier tema de nuestra contemporaneidad, se renuevan los rasgos que hallamos en otros sectores. Por ejemplo el del predominio de lo individual sobre lo público o social. “La desocialización del vino” es el título de lo que nos escribió Carlos Cousiño desde la Facultad de Ciencias Sociales, un título que al principio nos sorprendió, pero que coincide puntualmente con lo que cada cual puede recordar acerca del auge de catas, cursos y otras actividades actuales en torno al vino. Y que nos recordó, por ejemplo, al artículo de Mauricio Baros en el número anterior de ARQ: “De la casa al mall. Privado v/s privado”.

El artículo de Cecilia Puga es también un tema de cuestiones de nuestra arquitectura, con sus sobreexigencias añadidas un tanto gratuitas, ya sea para una casa, un edificio de oficinas o un museo del vino.

La figura del arquitecto como “bufón del rey” es esgrimida en algunos períodos, pero la presencia del arquitecto como intermediario indispensable en la siempre costosa organización de las obras –ya sean 100 viviendas económicas, 10 residencias lujosas o una obra de infraestructura urbana– es inevitable.

Lo único que podemos hacer (y pienso que no lo hacemos muy bien) es comunicarnos con los “consumidores de la arquitectura”, que son casi todos los chilenos. El cómo, es algo que tenemos que pensar.

Este número tiene en todo caso una curiosa y refrescante reunión de rural y urbano. De recuperación, por primera vez en Chile, de un paisaje borrado para utilizarlo en labores agrícolas que, para bien de los cultivos, se re-inventa “natural” como es la operación para los viñedos orgánicos Emiliana, obra de José Cruz en la arquitectura y de Teodoro Fernández en la re-inventación del paisaje.

Es un número de grandes espacios y minuciosos detalles, como corresponde a toda buena obra de arquitectura.

When we decided to dedicate an issue to the architecture of vineyards, at a first, fuzzy, stage we thought of it as a pleasant topic, and a rather festive set of readings.

But whenever one digs a little deeper into any topic of contemporary life, the features that appear in other areas always emerge – like, for example, the predominance of the individual over the public or social. “The de-socialization of wine” is the title of a piece from Carlos Cousiño, from the Social Sciences Faculty. The title surprised us at first, but it described exactly what each of us then recalled, of the growth of tastings, courses and other current activities around wine. And we remembered a piece by Mauricio Baros, in the previous edition of ARQ: “From home to mall: Private vs. private”.

The article by Cecilia Puga also questions our architecture with its excessive “over-demands”, whether for a house, an office block or a wine museum.

The architect may appear as court clown in some periods. But his presence as crucial intermediary in the costly organization of works –whether it is 100 low-cost homes, 10 expensive residences or public infrastructure works– is unavoidable.

All we can do (and perhaps not well) is to communicate with the “consumers of architecture”, which means almost all Chileans. *How* we do this is something we must think about.

This issue contains a strange, refreshing meeting of the rural and the urban, with the recovery, for the first time in Chile, of a landscape obliterated by farming and then re-invented back to a “natural” state for the good of the crop. This is the work for the Emiliana organic vineyard by José Cruz, in architecture, and Teodoro Fernández, in re-inventing the landscape.

This is an edition of wide open spaces and tiny details, like any good work of architecture.